

Remembranzas de una silla¹

Remembrances of a Chair

Marcela Inés Díaz David*

Cómo citar este artículo:

Díaz, M. (2019). Remembranzas de una silla. *Revista Mova*, 1(1), 147-151.

1 El foto ensayo se inscribe en el Doctorado de Ciencias de la Educación de la Universidad San Buenaventura, en la línea de investigación Estudios culturales y lenguajes contemporáneos.

* Magíster en Educación de la Universidad Católica de Oriente. Docente de los Modelos Flexibles en el Programa Procesos Básicos, Secretaría de Educación. Medellín, Colombia. Correo electrónico: diazmarcela1983@gmail.com; Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1283-2376>

Figura 1. Marcela Díaz, Centro Cultural de Moravia, 2019



Fuente. Elaboración propia

Figura 2. Marcela Díaz, Institución Educativa Francisco Miranda. Medellín, 2019



Fuente. Elaboración propia

Quando estás creciendo necesitas lugares en los cuales poder confirmar tus intuiciones.

Jaume Plensa, *Imprescindibles*

Esta tarde recorrí algunas calles cercanas a la escuela, a mi institución Francisco Miranda, nombre que recuerda a uno de los próceres de Colombia. Saqué mi cámara fotográfica y, entre saludos, gestos y risas compartidas con estudiantes, fui capturando aquello que a mi amaño me iba enamorando. Es extraño, pero solo hasta ahora comprendo que existen olores propios de cada lugar recorrido y que aún no me acostumbro a las calles sin árboles.

Una de las cosas más agradables de la vida es caminar; la escuela nos limita en ello. Ver como se filtran las miradas, sonrisas, gestos y palabras. El caminar tiene que ver con ese “aventurarse corporalmente en la desnudez del mundo” (Le Breton, 2011, p.18). Fue en ese aventurarme corporalmente que el coqueteo de aquella silla me hizo enamorarse, posarme sobre ella y descansar. En la escuela no había tenido la oportunidad de hacerlo, pues las labores escolares disponen de mi ser; ellas giran en torno a mí determinando los discursos y prácticas educativas.

Alrededor del centro cultural de Moravia, cerca de mi escuela, se han instalado varias sillas que seguramente guardarán un propósito muy distinto al que hoy tienen. Cada una está diseñada con madera, hierro, clavos y un toque de pintura. En otras épocas, las sillas eran diseñadas con ornamentos y formas clásicas o barrocas, talladas con finas joyas de marfil y plata. Estas constituían el trono del monarca, denotaban poder, eran signo de opulencia y esplendor; así mismo, en la actualidad el material de las sillas y su costo se convierten en signos de distinción, de diferenciación social.

Las sillas que hoy hacen parte del afuera, de la calle, que puedo observar desde las ventanas de mi escuela y que he tenido el placer de disfrutar, hacen que el espacio sea especial; aún conservan su origen, no en su diseño ostentoso y de fino material, sino en cuanto al lugar que se le da a quien la usa; ese “quien” continúa siendo importante, en tanto permite que algo suceda en cada espacio y lugar habitado, creando un mundo de pensamientos ajeno a cualquier signo de diferenciación social.

Pues bien, los objetos tienen movimiento, conectan localidades, entidades y producen globalidades. Existen objetos mundo, tal como lo plantea Michel Serres (citado por Tirado y Maureira, 2016): “existen objetos-mundo. Artefactos en los que al menos una de las dimensiones, tiempo, velocidad, energía...alcanzan y desbordan la escala del globo. Hay objetos mundo militares, económicos, técnicos y cercanos a nosotros” (p.129). Objetos-mundo como las sillas que permiten que algo le suceda a las palabras, actos, ideas, sentimientos, representaciones y al cuerpo abierto y vulnerable.

Existen sillas a las afueras del centro cultural, al frente de la unidad médica, en las calles, en las terrazas, en los andenes, en los locales comerciales, en las cantinas, en los parques, y sillas repartidas extensamente en las escuelas. Hay sillas por todas partes, sillas para pensarse en individual, para pensarse en colectivo; hay sillas que se diseñan como excusa para abrazar y tener un gesto de amor o pasión por el otro, por lo otro. Cada silla del afuera tiene su forma, su textura, su resultado y su propia transformación. Asimismo, han sido dotadas de cierta cantidad de ideas y pensamientos, en ellas habita una especie de musa, capaz de intercambiar energía con su entorno y con quien la habita. Esta se dispone cada mañana, tarde, noche o madrugada para dejarse ver, recibir, sentir, doler, reír, soñar, cantar, gritar, callar, contemplar, mentir, organizar. Mas no ha quedarse como la fiel Penélope en espera de su amado Ulises, quien gastó veinte años de su vida esperando al desdichado de su esposo y luego se ve echada en una silla mirando los pretendientes muertos en el suelo como si mirase muertos sus propios deseos.

Cada silla está pensada en la calma que añora una comunidad en constante asedio, miedo y zozobra; está diseñada para pensar, sentir, oler, contemplar, mirar hacia arriba, hacia abajo, alrededor, y encontrar que lo simple puede ser tan bello en su superficie como en la profundidad; para comprender que somos un objeto en exposición y que nuestra verdad puede ser tan amplia que enunciar mentiras no tiene sentido en una comunidad que se ha olvidado de soñar, creer y crear; que la esencia de la vida no es un “hacer como” sino vivirla, una y otra vez, e irse transformando. Cada silla es un enlazador de mundos, se asientan los versos, se recrean las pasiones; cada parte que la compone es la muestra de la tenacidad de la comunidad, la fortaleza de cada persona, es la respuesta a que no están solos, que siempre hay alguien que los puede escuchar, abrazar y pensar en las posibilidades que existen para todas las desesperanzas.

Posarse sobre cada silla permite desplazar la mirada de un modo distinto, agudizar los sentidos, disfrutar del tiempo, escuchar conversaciones, adelantar diálogos; además de permitirse experiencias, sensaciones, emociones, encuentros y desencuentros. No obstante, a diferencias de esas sillas, las de la escuela hacen parte de un espacio geometrizado, de un espacio cerrado, del adentro de la escuela. Son pocas las “sillas de la calle” en la escuela, y con respecto a esas sillas es poco el tiempo que se tiene para el despliegue de los sentidos y de las facultades humanas; son sillas de los recesos, de las esperas, de los espacios limitados. La mayoría de las sillas en la escuela están agrupadas y alineadas, dispuestas en una especie de situación teatral que ha de permitir que los estudiantes se encuentren en estado de quietud, de reposo, que ha de favorecer el aprendizaje. Sillas pupitres o sillas simplemente, individuales o compartidas, siempre dispuestas al gesto que adelanta el maestro que puede encontrarse en otra silla, pero que por lo regular se encuentra de pie en una suerte de relación asimétrica y agenciadora de jerarquías. Sillas que disponen a la escritura, a la copia de las palabras fundamentalmente del maestro, aunque bien pueden ser el lugar donde se presenta la curiosidad, el agenciamiento de preguntas en tanto el dispositivo escolar lo permita y lleve a cabo su puesta en escena; una silla presta para recibir pero también para donar en una suerte de pedagogía del aprendizaje, poniendo en cuestión la afirmación de que “los pensamientos más importantes son aquellos que se nos ocurren de pie”. Esto es lo que hace que la silla de escuela tenga un valor encomiable.

Por fortuna, también existen algunas sillas que no cumplen con esa misión, que aun con las restricciones que le imprime la escuela son el lugar para lo otro de la escuela y que bien pueden agenciar una tonalidad experiencial. Ambas son necesarias, las primeras porque conectan directamente con la función misional de la escuela y han de dar lugar a procesos de aprendizaje sustantivos, y a ese valor apreciable que bien se le puede inscribir a la silla

de la escuela; las segundas, porque permiten el despliegue de los sentidos y las vivencias múltiples con el otro, porque posibilitan una pausa en el discurrir de la escuela. Se trata de la posibilidad del “afuera” –como experiencia– en el “adentro” de la escuela, en una suerte de remembranza captada por una cámara fotográfica y la mirada sensible de quien asume el instante de un objeto-mundo.

Referencias

Le Breton, D. (2011). *Elogio del caminar* (Hugo Castignani, trad.). Madrid: Siruela.

Marquès J. (productor) y Ballesteros P., (director). (2018). *Imprescindibles: Jaume Plensa*, [documental]. España: RTVE.

Tirado, F. y Maureira, M. (2016). De objetos y extituciones: nuevos operadores de lo social. *Oxímora Revista Internacional De Ética Y Política*, (8), 112-130.